



benjamín galemiri

Yo adoro la rutina *alejandra costamagna*

Cuando recién comienza a transitar por el peldaño de los cuarenta años, Benjamín Galemiri acaba de protagonizar una retrospectiva con sus principales obras en el Centro Cultural de España. La mayoría de éstas fueron publicadas hace pocos meses por el Departamento de Teatro de la Universidad de Chile en una cuidada edición de mil ejemplares. En octubre estrenará una pieza tripartita junto con Jorge Díaz y Marco Antonio de la Parra y en diciembre vendrá «El tratado de los afectos», bajo la dirección de Nieves Alcoz.

La existencia de Benjamín Galemiri tiene la marca del destino: sus abuelos judíos emigraron en barco hacia América Latina y su padre, abogado, militante del Partido Nacional, consiguió luego, en los años sesenta, un trabajo en Traiguán. Benjamín tenía entonces dos años. Era, quizás, la posibilidad de encontrar un sitio de amigo. Pero el Sur no logró fortalecer el sentido de pertenencia al que parecía negado por destino. Luego vendría un nuevo destino: el de su tío abuelo habitualmente a la franquista agrarista de su escritura.

-Yo introduje la sexualidad en mi familia-admite con una sonrisa ladeada.- Me refiere a los temas sexuales. Mi madre una tarde me llevó al cine y cuando mi padre supo que había visto un beso en la pantalla se cayó macho. Entonces me di cuenta de que captaría su atención con ese tema y decidí empezar a hablar de sexo para captar todas las atenciones. Y de pasada podría filosofar y analizar el país. Años más tarde -y luego de transitar por las aulas de la Escuela de Filosofía de la Universidad de Chile, de protagonizar un desahogo en teatro, de hacer cine y de agotar la materia escribiendo frías y concientemente Benjamín Galemiri logró captar la atención ya no del padre, sino de un público teatral que comenzó a dar señales de creciente devoción. Obras como «El solitario» (1994), «Un dulce aire cansado» (1995), «El seductor» (1996), «El ciclo del sol» (1997) o «Jehová o la guía de los peregrinos» (1998), estrenadas por la compañía Botón Negro, a cargo de Alejandro Goic, arrojaron sobre sus espaldas parte de los ruidos que hoy cargan de castigo político, autor de textos perseguidos, delirantes y, ciertamente, sexuales.

Tus obras han sido muy criticadas...
-Cuando comencé con el teatro, en los años noventa, se me acusó de pequeño burgués. Parece que en este país alguien se asustó de que apareciera obra donde la sexualidad primara sobre la vida. Porque la sexualidad es lo prohibido. De ahí los ataques. Pero eso dará basta que los franceses comenzaron a interesarse y a decir que mis textos describían Chile y Latinoamérica cuánta más profundamente que otras obras que iban directo al buzo.

¿Y la política?
-Yo tengo una visión como de la política. Ahí está la sexualidad involucrada. Para mí una intervención militar es el signo de una tremenda impotencia sexual. Y un golpe de estado esconde castraciones sexuales expuestas. Detrás de Pinochet hay una gran historia de represión sexual. Hay mucha violencia, algo no resuelto socialmente. Cuando hablo de las relaciones entre hombres y mujeres, en el fondo estoy hablando de cómo es sexualmente Chile. En el fondo ataca todos actores políticos... Porque si la señora tiene una inconveniencia terrible con el marido y vive una frustración peor, no es solamente por cuestiones psicológicas sino políticas. Para predecir es como la de los médicos: a mí me tocó una especialidad y estoy atacando desde lo mío. Pero el paciente es el mismo, es Chile.

¿Y cuál es tu especialidad?
-Al final soy un filósofo frustrado. Me gustaría que mis obras de teatro fueran tratados sobre nosotros, sobre nuestro país, sobre América Latina. De alguna manera hago postulados con cada una de las obras. Y también me aprovecho de este material guardado que es mi infancia y mi biografía, y lo meto en la ficción. El filtro de la deformación cinematográfica que uso para frente a las cámaras, definitivamente funciona. Yo busqué el filtro que me convenía más para darle malice a mi vida. Para imitar un poco peregrina del western de Traiguán, me conviene mucho. Los conflictos y alzamientos indígenas de estos días yo los veo venir desde mis años de infancia. Como abogado, a mi padre le tocó defender a algunos latifundistas. Des-

pués se arrepintió porque descubrió el gran egoísmo que había en ellos. Desde chico yo veía pasar por la ventana a un grupo de mapaches y dos hombres después a un caballo y luego una mujer y luego un Ford del año cincuenta. Yo notaba algo. Mi visión siempre ha sido emocional, más que política. Imagínate lo que era para mí estar en un pueblo como Traiguán, ser chileno y judío, una especie de hijo de diablo de fondo, convivir con los mapaches, ir al cine y ver cómo los habían la nicotina a los pelo es indios en los western... No era una situación un pequeño épica del mundo. Siempre pensaba que esto iba a terminar en una batalla, en una película del lejano Oeste. Las contradicciones son muy fuertes para mí. Pero estaba de compaginar todo eso. Pienso que era una época en que se estaba viviendo a conciencia. Yo veía todo como un material asimilable, sin restricciones ni condicionamientos. Para mí, todo podía ser utilizable creativamente. Era una provocación permanente.

¿De qué manera esa provocación convive hoy con tu lado más conservador?
-Es que para ser un tipo provocador tengo que ser también metódico, serio. Yo soy muy rutinario. En las mañanas entro a la oficina como si fuera el negocio de mi abuelo imaginario. Y abro la cortina y la empujo con cuidado y reviso los fin y veo las cuentas. Es la actitud del judío conservador que, en el fondo, tiene una carga bíblica terrible. Yo no ando con pinta de escritor ni con la coleta larga del pelo ni con nada de eso. Mi fecha no denota nada. Yo goro con los cajeros automáticos, con los taxis. Me gusta mucho la rutina, la adoro, y eso es mi lado más conservador.

¿Cómo se expresa ese conservadurismo en términos políticos?... ¿ónde te ubicas?
-Yo soy lo que llaman un... liberal... no, me un liberal... ¿cómo poder llamarlo? Bueno, en una época fui muy influido por Balduino. Mira, lo claro es que tengo una visión ética muy fuerte de anticonformismo y antimaterialismo. Yo no tolero ninguna huevada que signifique discriminación o persecución. Y me tiene que ver con mi condición judío, chileno y tercermundista. Soy anti-todo. Puedo ser un tipo con contradicciones, pero para mí el prospecto ético es fundamental.

AUTORÍA

Galemiri, Benjamín

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Yo adoro la rutina [artículo] Alejandra Costamagna

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile